

843
843
PQ 401
.D4
56

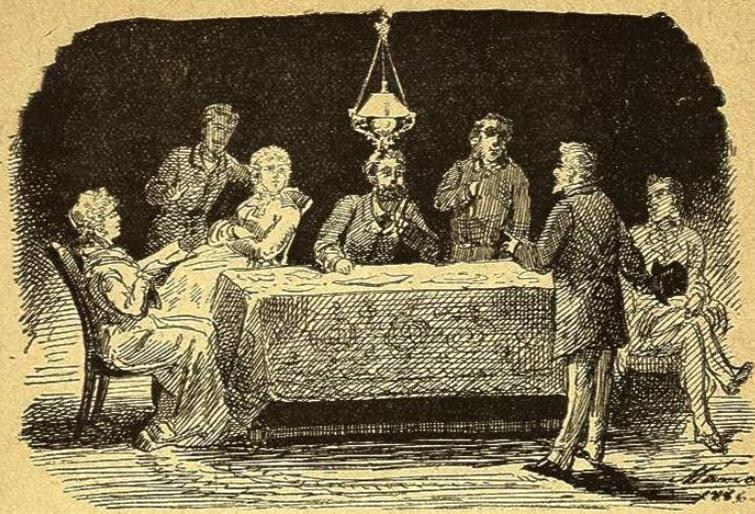


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

A mi amigo Gustavo Flaubert.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.
Jorge Sand.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



EL ÚLTIMO AMOR

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625-MONTERREY, MEXICO

INTRODUCCION

ESTAMOS en una reunion de campo durante la velada de una noche de invierno.

La comida, alegre al principio como suelen serlo siempre las que reúnen algunos amigos verdaderos, acabó tristemente á causa del relato de uno de nosotros, médico, que habia tenido que ir á comprobar por la mañana una muerte violenta y dramática.

Un Labrador de las cercanías á quien conocíamos todos por

hombre de bien, había matado á su mujer en un arrebató de celos hartó fundados.

Después de las atropelladas cuestiones que produce ordinariamente un suceso trágico, después de las suposiciones y de los comentarios, vinieron naturalmente las explicaciones sobre la naturaleza del hecho, y quedé verdaderamente sorprendido al ver la distinta manera de apreciar el suceso por ingenios que parecían tener, sobre la mayor parte de los casos, las mismas ideas, los mismos sentimientos y los mismos principios.

Decía uno, que el matador había obrado con toda la lucidez de su juicio, puesto que tenía la conciencia de su derecho; afirmaba otro, que al hacerse justicia por sí mismo, un hombre de costumbres morigeradas, había de estar bajo el imperio de una demencia pasajera. Otro se encogía de hombros, considerando una cobardía el matar á una mujer, por culpable que sea; y otro veía aun, como una indignidad, el dejarla con vida después de una traición flagrante.

No he de decir todas las teorías contradictorias que se removieron y debatieron con motivo de un hecho eternamente insoluble: el derecho moral del marido sobre la mujer adúltera, bajo los diversos puntos de vista legal, social, religioso y filosófico; todo fué afirmado con apasionamiento ó discutido con audacia, sin que nadie lograra convencerse. Alguno llegó á pedir, riéndose, al horror, que no le obligase á matar á la mujer con quien se asociare cualquiera que fuese la forma: acompañándolo una proposición hartó especiosa.

—Haced una ley, decía, que obligue al esposo engañado á romper públicamente la cabeza de su culpable mitad, y entre los que os mostrais implacables en teoría, apuesto que no habrá quien semejante ley no le haga poner el grito en el cielo.

Uno solo, de los allí reunidos, no tomó parte alguna en la

discusión. M. Sylvestre, un anciano muy pobre, muy sencillo y estimable; optimista de corazón sensible, y socialista platónico; un vecino honrado y discretísimo, de quien nos reíamos un poco, respetándole mucho por su carácter absolutamente respetable.

Este anciano había estado casado y tenido una hija muy hermosa; su mujer había muerto después de despilfarrar por vanidad una gran fortuna.

La hija hizo algo peor que morir.

Después de haber procurado inútilmente arrancarla al desorden, M. Sylvestre, quien rayaba á la sazón en los cincuenta años, le abandonó los últimos recursos de que podía disponer al objeto de quitarle todo pretesto de indigna especulación. Inútil sacrificio que ella desdeñó, pero que creyó él necesario á su propio honor.

Partió para Suiza, donde no conservó de su nombre más que el apelativo de Sylvestre, pasándose diez años completamente perdido de vista por cuantos le habían conocido en Francia.

Se le encontró más tarde en las cercanías de París, en una ermita en la cual vivía con una frugalidad fenomenal, de una renta de trescientos francos anuales, fruto de su trabajo y de sus economías en el extranjero. Dejóse persuadir, no sin mucha dificultad, á pasar los inviernos en casa de los señores de ***, que le estiman y veneran en alto grado; pero siente él tanta pasión por su querida soledad, que se vuelve á ella en cuanto asoman en los árboles los primeros botones de primavera. Es el más humilde de los anacoretas y pasa por ateo; siendo, al contrario, un espiritualista obstinado que se ha creado una religión conforme á sus instintos y una filosofía recogida en todas partes. En fin, á pesar de la admiración que se le concede por la familia ***, no es una inteligencia de primer orden, ni completa del todo, pero es un carácter simpático y notable que tiene su parte seria, razonable y cuerda.

Obligado por la mayoría á dar su parecer y formular su opinion, despues de haberse excusado cuanto pudo, bajo el pretesto de ser incompetente como solteron, acabó por confesar que se habia casado dos veces y que habia sido muy desgraciado en sus matrimonios. No pudo conseguirse que dijera una palabra más respecto á su historia; pero, queriendo sin duda escapar á la curiosidad general, con una conclusion moral cualquiera, dijo así:

—Es ciertamente el adulterio un crimen, puesto que es la violacion de un sacramento. Yo aprecio la comision de semejante crimen, de tan grave para un sexo como por otro; pero es en realidad muy difícil de evitar por uno y otro en ciertos casos que no tengo necesidad de especificaros. Permitidme, pues, ser casuista en el rigorismo del hecho, y de no llamar adulterio sino á la traicion no provocada por quien es de ella víctima y realizada á sabiendas por quien la comete. En este caso, la esposa ó el esposo adúlteros merecen castigo; pero ¿qué pena impondreis á aquel que infringe no siendo fatalmente solidario? Debe haber, para el uno como para el otro, distinta solucion.

—¿Cuál? se oyó preguntar de un lado y otro. ¡Si la habeis encontrado, sois indudablemente habilísimo!

—No la habré encontrado tal vez, dijo modestamente el viejo Sylvestre, pero la he buscado mucho.

—¡Decid, decid lo que habeis apreciado ó creido mejor!

—He procurado buscar el castigo que moraliza; jamás he concebido otro.

—¿Cuál es? ¿El abandono?

—No.

—¿El desprecio?

—Menos.

—¿El odio?

—¡El afecto!

Todos se quedaron mirando; los unos reian, los otros no acertaban á explicárselo.

—Os parezco necio ó insensato, repuso tranquilamente M. Sylvestre. Pues bien, con la amistad considerada como castigo, se pueden moralizar los caracteres accesibles al arrepentimiento; pero esto pide explicaciones muy extensas; y como han dado ya las diez y no quiero incomodar, pido permiso á todos para retirarme.

Y diciendo y haciendo, no hubo medio de detenerle un minuto más.

No se concedió gran importancia á sus palabras. Creyóse que lo que él queria, era salir del compromiso con una paradoja cualquiera, ó que, como una antigua esfinge, queria enredarnos en un enigma del cual no poseia la clave.

Mas adelante, me expliqué yo áquel enigma de M. Sylvestre. Es tan sencillo, que casi puede calificarse de tan pueril como posible, y sin embargo, para explicármelo, debí entrar en consideraciones que me han parecido instructivas é interesantes. Por esto es por lo que he escrito la relacion que hizo M. Sylvestre un mes despues á los señores de*** en presencia mia.

Ignoro cómo obtuve de él la extraordinaria prueba de confianza de poderme contar en el número de sus oyentes íntimos.

Tal vez me le hice simpático por los deseos de saber su opinion sin oponerle otra personal y preconcebida; tal vez sentia la necesidad de dar expansion á su alma distribuyendo, entre algunas manos fieles, los granos de circunspeccion y caridad que habia logrado salvar del desastre de su vida.

Como quiera que sea, y fuese cual fuere la importancia de su revelacion, va aquí tal como he podido reanudarla uniendo y enlazando las horas empleadas en las diversas sesiones de su largo relato.

Más que una novela, es una exposicion de situaciones analizadas con paciencia, y dibujadas escrupulosamente. No es

poética ni interesante bajo el punto de vista literario. Sea lo que fuere, no se dirige sino al sentido moral y filosófico del lector. Pídole por lo tanto perdon de no poder servirle hoy otro manjar más sabroso y nutritivo.

El narrador, cuyo *fin no es hacer gala de su talento*, pero sí de comunicar sus pensamientos, es como el botánico que trae de sus excursiones, no las plantas raras que ha tenido la suerte de encontrar, pero sí los pimpollos ó briznas de las yerbas que le han permitido recoger los rigores de la estacion. Estas pobres yerbas no deleitan la vista, el paladar ni el olfato, y ello no obstante, quien ama á la naturaleza encuentra en ellas mucho que estudiar y las aprecia.

La forma del relato de M. Sylvestre parecerá tal vez monótona y harto despojada de adornos; pero tiene, cuando menos para sus oyentes, el mérito de la buena fe y de la sencillez; y yo por mi parte confieso, que me parece á cada paso más deliciosa y sorprendente. Recordaba al oírsela contar, en la admirable definicion de Renan que dice: "la palabra es el simple vestido del pensamiento, dependiendo toda su elegancia de la perfeccion de sus proporciones con relacion á la idea que se quiere expresar;" y que en materia de arte, "el gran principio es que todo debe servir de adorno, pero que es malo, todo lo que se añade expresamente para adornar."

Tengo para mí que M. Sylvestre estaba penetrado de estas verdades, porque supo cautivar nuestra atencion y tenernos absorbidos y atentos con la simple narracion de una historia, sin peripecias ni frases de efecto. No soy, desgraciadamente el estenógrafo de su palabra. La he recogido y dado la forma que he podido, pensando únicamente en seguir las ideas conducidas por los hechos, haciéndole perder indudablemente su color particular y su mérito positivo.

Empezó su relato en estilo liso y llano, casi risueño, porque, despues de las grandes crisis de su vida, su carácter habia vuelto á su primitiva jovialidad. Puede ser igualmente que calculase no darnos cuenta del fondo de las cosas, creyendo tambien suprimir los hechos que no juzgase necesarios á su demostracion. Sin embargo, á medida que iba avanzando en el relato, fuese arrastrado por la fuerza de la verdad, ó por la intensidad de los recuerdos, es lo cierto que nada absolutamente omitió, cercenó ni dulcificó siquiera.